

EL TIEMPO	TEMPERATURA	CONDICIÓN
ARICA	19 / 26	PARCIAL
IQUIQUE	18 / 25	PARCIAL
ANTOFAGASTA	17 / 24	PARCIAL
COPIAPO	12 / 24	DESPEJADO
LA SERENA	14 / 19	NUBLADO
VALPARAISO	13 / 19	DESPEJADO
SANTIAGO	11 / 27	DESPEJADO
RANCAGUA	10 / 24	DESPEJADO
TALCA	11 / 22	DESPEJADO
CONCEPCIÓN	11 / 22	DESPEJADO
TEMUCO	6 / 19	NUBLADO
PUERTO MONTT	8 / 14	NUBLADO
COYHAIQUE	4 / 12	LLUVIA
PUNTA ARENAS	0 / 8	LLUVIA
ANTÁRTICA	-1 / 0	NUBLADO

INDICE DE RADIACIÓN UV-B		
IQUIQUE	8-10	MUY ALTO
LA SERENA	8-10	MUY ALTO
LITORAL	8-10	MUY ALTO
SANTIAGO	8-10	MUY ALTO
CONCEPCIÓN	8-10	MUY ALTO
PTO. MONTT	6-7	ALTO
PUNTA ARENAS	3-5	MODERADO



7 809564 000012

RESTRICCIÓN VEHICULAR
NO RIGE

AGUA CAÍDA EN SANTIAGO
AGUA CAÍDA HASTA LA FECHA 14,0 mm
NORMAL A LA FECHA 1,2 mm
IGUAL FECHA AÑO PASADO 0,0 mm

LOS PLACERES Y LOS LIBROS



Deudas de sangre en el mar

Artemio Echeگویen

AL SUR DE LA ISLA de Chiloé están la mole llamada Isla San Pedro y el fiordo Huandad. Por ahí, entre canales e islotes, existen, según narra Gustavo Boldrini (1951), los "vivos", hombres solitarios y no siempre oriundos de la zona. "No eran nadie, eran vivientes", se dice de ellos. Un viviente no es un habitante normal o gregario. Es uno que vive solo. El más temido de estos eremitas navegantes es José Raín, que raspa sus ollas con cuchillos mugrosos y tiene pésimo genio. Pocos hablan con él, muchos le tienen pavor, casi todos le achacan las fechorías que, a veces, se cometen en esas aguas, costas y caseríos. El narrador y su mujer buscan retazos de su historia, pero también, en las conversaciones, empapados por la lluvia, a bordo de embarcaciones a vela o motor, junto al fogón y con un café en una mano, rastrean los retazos de otras biografías escurridizas. Una de ellas se acerca a su fin: habituado a la oscuridad de su cabaña, el anciano viviente Rubén González, obrero santiaguino que hace tres lustros decidió retirarse a una de esas islas, tiene -dicen otros, con pena- mejor equilibrio en tierra que en el mar. Es una sentencia dictada por el tiempo.

Hay sentencias más espeluznantes: el célebre Raín sabe que lo andan buscando. Una mañana -ha dejado apoyándose unas cholgas- ve una lancha de punta negra que se acerca. "Las cosas que hizo ya las hizo", reflexiona el narrador, "y no se pueden deshacer". Niños ahogados, mujeres asesinadas, un leguleyo de Quellón acuchillado. Con razón o sin ella, esos actos ocurrieron -se deja entrever-, y entre los misterios de esta crónica, alucinada pero realista, están los motivos de Raín. Tal vez sean como "los motivos del lobo" en aquel poema de Rubén Darío.

"Raín. Crónica del último canoero" está dividido en capítulos que asedian, por acá o por allá, esta oscura historia cuyo hilo traza un laberinto, a lo largo de los años, hasta dar con una idea: todo se paga en este mundo. El hechor quizás no se rebelde, en el fondo, ante esa vuelta de mano, pero, ¿a quién le corresponde cobrar? Como si hubiera entidades casi abstractas (no se conversa con ellas de tú a tú) encargadas de eso. Y de otras cosas: el mismo Boldrini las anduvo viendo un día, cuando remaba sin avanzar por el fiordo de Huandad. También las historias que cuenta la gente conforman un océano surgido del tiempo, y "un escritor que se queda a orillas del bosque no las puede conocer". Boldrini, entonces, rema y rema, que ese arte antiguo no falla.

RAÍN. CRÓNICA DEL ÚLTIMO CANOERO

Crónica
Gustavo Boldrini
Ediciones Kultrún, 2006
313 páginas

CAMINO DE SANTIAGO

Esta foto cojea

LA FOTO GANADORA DEL World Press Photo 2006, prestigioso trofeo que premia cada año a las mejores fotografías de prensa, la tomó el norteamericano Spencer Platt entre las ruinas de Beirut bombardeado por los israelíes el pasado agosto. Fue publicada por "Paris Match" y alabada por presentar el supuesto contraste entre la dura realidad de la guerra y una juventud dorada que hace turismo de lujo entre los destrozados. Descarado, indecencia.

En "Nocturno hindú", el novelista italiano Antonio Tabucchi describe la fotografía de un hombre corriendo. Se trata de un close up, de un acercamiento. Bien mirado, parece ser un atleta negro que levanta los brazos porque ha ganado la carrera, tal vez incluso porque ha batido el récord de su especialidad. Pero si se quita el close up y se observa la foto completa, se verá que se trata de un manifestante antiapartheid, en el África del Sur de los '80, que ha sido baleado por la policía y acusa el impacto de la bala antes de desplomarse. La moraleja que Tabucchi nos pone delante cae por su propio peso: desconfíen de los fragmentos escogidos. Susan Sontag incita también por su parte al espectador a ver una fotografía de prensa como el resultado de un conflicto entre el imperativo de la verdad y el imperativo de la belleza, heredado este último de las bellas artes, y que hace que muchas veces la realidad de la calle aparezca afeitada en la prensa.

Se supone que una imagen dice más que mil palabras. Habría, así, que dejar a las imágenes hablar por sí mismas. Estas verdades de pacotilla se asientan seguramente en el trasfondo de paganismo que llevamos dentro, en nuestra religiosidad de adoradores de imágenes y en nuestra desconfianza radical hacia las palabras. Ver para creer, nos dijeron, y nos lo creímos.

Estos principios fundaron los días felices de las revistas ilustradas que vinieron a suplantar o a convertir a muchos diarios en revistas, donde el peso lo llevan las imágenes y el texto funciona sólo como comentario de éstas. Pero el espectador enfrentado a una imagen sin pie está obligado a componer por sí mismo una



Antonio de la Fuente

interpretación, a entender la imagen a partir de lo que ya sabe, que puede ser algo, pero suele no ser mucho. Las más de las veces, esa imagen sin contexto vendrá a confortar un saber superficial, estereotipado.

Para volver a la ganadora, el autor confiesa no haber interactuado con sus protagonistas, haberse limitado a apretar el obturador y a enviar la foto a la agencia y al concurso. La pregunta es, entonces, ¿es eso el periodismo?

La verdad de una foto es la verdad del pie que la acompaña.

De manera general, el World Press Photo premia imágenes sin pie, imágenes que "se sostienen por sí mismas", como quiere el tópico. Este premio demuestra una vez más que ninguna foto se sostiene por sí misma, que la verdad de una imagen es sobre todo la verdad del pie que la acompaña, como dice Godard y ratifica Sontag, que toda foto necesita un pie, como ha

recordado pertinentemente Arcadi Espada.

Esta foto cojea periodísticamente hablando porque le hace falta un pie. Para ponérselo, un periodista, Gert van Langendonck, ha ido al encuentro de sus protagonistas. Su historia, publicada en el diario belga "De Morgen" hace unos días, es ésta: Aprovechando el primer día de cese del fuego tras los bombardeos israelíes a los suburbios del sur de Beirut, estos jóvenes regresaron a su barrio a comprobar la magnitud del desastre. Una de ellas trabaja para una ONG de ayuda a los refugiados. Contra las apariencias, no van en un descapotable de lujo, sino en un Austin Mini abierto, porque son cinco y hace mucho calor. ¿Que van vestidas con camisetas ajustadas y llevan anteojos de buena calidad? Estamos en nuestro barrio, responden, vamos vestidas como todos los días.

La guerra del Líbano, el bombardeo de Beirut por la aviación israelí, afectó a gente que se nos parece, que podría vivir en nuestras casas y formar parte de nuestra familia. Esta verdad, la foto ganadora no la muestra, la esconde.

TOMATUMATE

Desayuno con Marlen

PERTENEZCO A ESA inmensa mayoría que no conoce a Tonka Tomicic, pero imagino que ella, cuando tiene tiempo, toma desayuno envuelta en una bata de baño blanca, con unas hawaianas de goma en los pies, que consume frutas y jugo de naranja, que se ríe mucho, lee un poco, duerme ocho horas, tiene buen sexo, futuro y una familia detrás.

A Marlen Olivari, en cambio, la imagino levantándose tarde, con unas pantuflas rosadas, bata roja de seda con encajes, con la cara llena de crema, unos pepinos en los ojos, encontrándose fea, tomando un café bien cargado con Roberto Dueñas al frente, pensando qué hacer con su vida. Estereotipos, se llaman. Tal vez la realidad es todo lo contrario, pero no importa: como la imaginación no necesita evidencias, me aprovecho. La leyenda dice, y yo la creo, que Olivari es una especie de Cenicienta, una endurecida sobreviviente de una familia con poco amor para ella.

Su historia no es novedosa.

Cuando se desató la seguidilla de escándalos en torno a Olivari, me vino a la memoria Anna Nicole Smith, la provinciana que llegó a ser chica Playboy y a casarse con un anciano rico. Murió hace poco, de esa forma en que mueren personas como ella.

Cuando se desató la seguidilla de escándalos en torno a Olivari, me vino a la memoria Anna Nicole Smith, aquella chica provinciana que gracias a la suerte, muy escasa, y un par de grandes mamas y un culo prominente llegó a ser una chica Playboy y a casarse a los 26 años con uno de los ancianos más ricos del mundo.

Smith murió hace poco, de esa forma misteriosa en que mueren personas como ella, y hay ahora una fila de hombres que reclaman la paternidad de su hija, en la esperanza de agarrar una parte de la fortuna heredada del esposo millonario.

Ella, como Olivari, no sabía hacer otra cosa que usar su cuerpo. No era actriz, ni bailarina, ni mode-

lo, aunque hiciera un poco de todo eso. Había sido stripper y también provenía de un hogar inestable y pobre. Tal como Marilyn Monroe y Jane Mansfield, dos heroínas de un tiempo sin silicona y sin anorexia, a la vez triunfadoras y víctimas de un sistema implacable.

Mansfield causaba estragos con sus senos y alguna vez, ya en el ocaso de su corta carrera, fue a entretener a los soldados en Vietnam y dejó que ellos comprobaran con sus propias manos las bondades de su cuerpo. Olivari también fue, junto a Joaquín Lavín, a entretener a los soldados chilenos en Haití, aunque no se habló de ningún episodio parecido al de Mansfield.

En esta parodia lamentable que se vive en Santiago y Viña

del Mar, no ruedan los millones de Hollywood, pero sí muchas de sus bajezas. Si alguien quiere realmente a Olivari, hace bien en crearle más escándalos. Ojalá éste último le compre al menos un espacio como opinóloga, que no cuesta mucho ejercer. Por eso, ¿a quién le importa que ella consuma o no cocaína, diazepam, éxtasis, whisky, cigarrillos, café, demerol o propóleo? Por lo que se ve, a ella sola. El consumo no es delito, que yo sepa, ni ella va a tomar decisiones de Estado.

Se requiere una monstruosa dosis de coraje para pararse frente a todos y empetolarse para probar vigencia profesional. Sabiendo que te van a sacar los ojos, pero contando con aquellas portadas de revista, el último recurso cuando se acaban los anuncios, los calendarios, los shows groseros y la atención de los gordos empresarios se desvía hacia las nuevas camadas de olivaris que brinda nuestra querida televisión. Ellas vienen sin ojeras, sin grasa y sin límites.



Alejandro Kirk